
DEL SOCIALISMO CIENTÍFICO AL SOCIALISMO FACTIBLE

Ludolfo Paramio

análisis y debate



2

El socialismo científico

A lo largo de su obra, Adolfo Sánchez Vázquez ha examinado en varias ocasiones la dicotomía clásica entre socialismo utópico y socialismo científico: como buen conocedor de las antinomias de la ética, no ha dejado de subrayar que la inevitabilidad del advenimiento del socialismo no puede considerarse en un contexto separado del de las preferencias sociales. Que el socialismo sea inevitable no nos aboca a la falacia naturalista, ya que esa inevitabilidad sólo es tal en la medida en que el socialismo es reconocido por una mayoría social como moralmente superior a sus alternativas, y consecuentemente adoptado como proyecto a realizar prácticamente ¹.

Ahora bien, ese reconocimiento de la superioridad moral del socialismo sólo permite hablar del proyecto socialista como proyecto *científico* si se pueden buscar en la realidad tendencias favorables a la aparición de las condiciones de posibilidad de la realización

del socialismo como nueva sociedad. Dicho de otra forma: si el socialismo fuera inevitable más allá de la voluntad de los hombres no sería un proyecto moral. Inversamente, si no existieran tendencias objetivas a su realización histórica podría ser un proyecto moralmente defendible, pero no habría la menor razón para calificarlo de científico.

«Los hombres (...) tienen que estar convencidos de que luchan por algo valioso y, además, por algo que tiene un valor superior al mundo social en que viven (...). Pero, en la incorporación de los hombres a la lucha por el socialismo es decisivo el convencimiento de esta superioridad, de este valor *no como algo simplemente deseado o soñado, sino desprendido de condiciones reales que lo hacen posible*»².

Esta argumentación a favor del socialismo científico implica, como es obvio, dos componentes. Por una parte el proyecto socialista debe poder ser reconocido como moralmente superior por la mayoría social: al final volveré sobre este aspecto. Por otra parte, el proyecto socialista debe verse como objetivamente fundado, al desprenderse de «condiciones reales que lo hacen posible». En este segundo aspecto, como es bien sabido, es donde la idea de un socialismo científico ha sido más duramente puesta en duda.

El más conocido punto de partida lo ofrece el resumen que sir Karl Popper hace de las tesis centrales de su *Miseria del historicismo*: «que la creencia en un destino histórico es pura superstición y que no puede haber predicción del curso de la historia humana por métodos científicos o cualquier otra clase de método racional»³. Desde este punto de partida también han sido dos las acusaciones fundamentales en contra de un posible socialismo científico. En primer lugar, se ha sostenido que la idea de que el proyecto socialista se afinca en bases objetivas es el origen de las peores formas de totalitarismo: al afirmar que la historia está de su lado los marxistas estarían creando las bases ideológicas para el aplastamiento sangriento de toda oposición a sus designios. En segundo lugar se denuncia —y éste es el argumento fundamental de Popper— la pretensión del socialismo científico de haber desentrañado racionalmente el futuro previsible de la humanidad: «no puede haber predicción del curso de la historia humana por métodos científicos o cualquier otra clase de método racional».

Veamos las dos acusaciones por separado. La primera puede parecer a simple vista muy convincente, ya que ha sido muy frecuente el recurso al argumento del destino histórico, por parte de los propios marxistas, para justificar decisiones contrarias a la mayoría. Desde la disolución de la Asamblea Constituyente por Lenin a la destrucción de los *kulaki*, en cuanto clase y también físicamente, por Stalin, hay una amplia muestra de hechos históricos, polémicos o simplemente atroces, pretendidamente justificados por la existencia de un destino histórico previsto e inevitable.

Si examinamos más de cerca la acusación resulta fácil ver, sin embargo, que se atribuyen a la pretensión científica del marxismo culpas que le son ajenas. Resumiendo: los orígenes del totalitarismo no deben buscarse en la pretensión de conocimiento científico del futuro que hace suya el marxismo clásico, sino en la teoría autoritaria de la vanguardia que desarrolla Lenin y que viene a ajustarse como un guante a la experiencia y las tradiciones de la *intelligentsia* radical, en Rusia y en tantos otros países periféricos o semi-periféricos.

En efecto, es el rechazo *a priori* de la democracia como forma de toma de decisiones lo que permite pasar de la creencia en el conocimiento del destino histórico a la creencia en la legitimidad de las más drásticas decisiones, prescindiendo de dos elementales normas democráticas como la regla de la mayoría y el respeto a las minorías. El razonamiento se puede ver más claro si se invierte la lógica de la propia acusación. ¿La persistencia

de la democracia, en los países no totalitarios, se explica acaso por la carencia de convicciones de los gobernantes y sus antagonistas respecto a la previsible evolución del futuro?

No es así, evidentemente. La mayor parte de los políticos democráticos sostienen visiones explícitas de la evolución de los acontecimientos políticos en el futuro, y las sostienen con plena convicción. Sobre las posibles salidas de la actual crisis mundial las opiniones no sólo son categóricas, sino más bien apocalípticas; más aún, los políticos a menudo trazan panoramas globales y hacen depender la suerte de su propio país de la mayor o menor capacidad de éste para tomar la salida correcta (o sea, para seguir las prescripciones de los propios políticos). Son éstos los planteamientos que en principio deberían prestarse bien a propuestas totalitarias, aunque en vez de apoyarse en *El capital* lo hagan en la curva de Laffer o en la *Teoría general*.

Lo que explica la persistencia de la democracia no es entonces la falta de convicción sobre la evolución histórica sino la existencia de unas instituciones *pluralistas*, cuyas propias condiciones históricas de posibilidad deben explicarse en términos materiales. Sin entrar en este terreno, que se aleja de la principal línea de mi argumento, sí parece necesario subrayar la diferencia entre *pluralismo* y *relativismo*, diferencia en la que el propio Popper ha hecho sobrado hincapié. El relativista desconfía de la posibilidad de hacer afirmaciones verdaderas. El pluralista puede creerse por el contrario en plena posesión de la verdad, pero reconoce a los demás el derecho a mantener y expresar opiniones distintas. La base para la existencia de una democracia estable no es el relativismo (más bien propio de los imperialismos en decadencia, si la historia no miente), sino el pluralismo.

Veamos entonces la segunda acusación: ¿es insostenible la pretensión de conocer el destino histórico? La respuesta se hace en este caso especialmente compleja, y más aún si pretendemos discutir con Popper. En efecto, Popper se enfrenta a un enemigo, al que él caracteriza como *historicismo*, en el que se combinan rasgos que no es necesario considerar naturalmente asociados: la filosofía de la historia de Marx y el historicismo propiamente dicho, incluyendo la famosa dicotomía entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, a las que corresponderían métodos y pretensiones de racionalidad de diferente índole.

Hay una vieja polémica sobre si el marxismo debe interpretarse en clave positivista, o cuando menos científico-natural. Es bien sabido que hay bastantes pasajes de Marx que abonan esta opinión, aunque ciertamente no se puede hablar de consenso en tal sentido dentro del ya vasto campo de la marxología: muy al contrario. Para mi propia argumentación se me permitirá, no obstante, que parta de una interpretación científico-natural de Marx, lo que no supone eliminar la componente moral del proyecto socialista, sino considerar que la superioridad moral de dicho proyecto puede predecirse. Lo que intento subrayar es que, a mi juicio, sólo podemos hablar de socialismo científico si evaluamos la teoría marxiana según los mismos criterios que empleamos a la hora de evaluar cualquier teoría científico-natural o, mejor dicho, científica a secas.

Desde este punto de partida podemos dar de lado buena parte de los argumentos de Popper, pero subsiste el fundamental: para Popper, el hecho de que el crecimiento de los conocimientos sociales sea *impredecible*, teniendo en cuenta que la evolución del conocimiento afecta a las transformaciones sociales, «significa que hemos de rechazar la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la *física teórica*. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica (...). El argumento no refuta, claro está, la posibilidad de toda clase de predicción social; por el contrario, es perfectamente com-

patible con la posibilidad de poner a prueba teorías sociológicas (...) por medio de una predicción de que ciertos sucesos tendrán lugar bajo ciertas condiciones»⁴.

Como sucede en otras ocasiones con Popper, el argumento es a la vez correcto y trivial. El punto más débil es que está pensado contra un adversario históricamente fechado (Marx y los historicistas del siglo XIX) y adopta por ello, *innecesariamente*, el punto de vista de *un observador fechado*. Dicho con otras palabras: el hecho de que un observador del siglo XIX no pudiera prever la evolución del conocimiento en el siglo XX quizá impida que sus predicciones sobre la evolución social sean válidas; pero un observador con los suficientes datos de sociedades análogas a la europea de los siglos XIX y XX quizá podría elaborar una teoría sociológica que le permitiera predecir que «ciertos sucesos tendrán lugar bajo ciertas condiciones».

Lo que intento señalar es que para un observador con la información adecuada resulta posible no una historia teórica, pero sí una *sociología histórica* capaz de predecir ciertas evoluciones globales de las sociedades de tipos suficientemente estudiados. A estas alturas, ningún sociólogo tendría, por ejemplo, el menor reparo en predecir la desintegración de las redes familiares extensas de solidaridad que entren en contacto con un sistema mercantil centrado en focos industriales urbanos. La razón es que éste es un proceso abrumadoramente documentado; ¿no podemos imaginar a un observador futuro capaz de predecir con sobrada información la transformación de una sociedad capitalista industrial en una sociedad socialista?

Ahora bien, para nosotros que no poseemos la suficiente información, la objeción de Popper puede ser decisiva. ¿Cómo podríamos prever el futuro, *nuestro* futuro, careciendo de experiencias comparativas sobre la evolución de sociedades como la nuestra? No obstante la fuerza aparente de la objeción, ésta sólo debe aceptarse literalmente si nos planteamos la predicción del comportamiento del sistema global, y no las evoluciones previsibles de parámetros concretos en plazos limitados. Resulta ya obvio que la futurología no es un campo científico, pero a medio plazo y con parámetros bien seleccionados parece posible hacer predicciones razonables sobre evoluciones tendenciales.

Nuestro problema, naturalmente, es que Marx no pretendió aislar ciertos parámetros y prever su evolución a medio plazo, sino que esbozó una ambiciosa filosofía de la historia que predecía la evolución global (el destino histórico, como diría Popper y el propio Marx dijo en ocasiones) del modo de producción capitalista. Esto nos deja con dos opciones aparentes. La primera es ignorar las críticas de Popper (y de casi cualquier filosofía de la ciencia) y refugiarnos en un marxismo de corte religioso. La segunda es aceptar las limitaciones de la predicción sociológica y renunciar a toda filosofía de la historia de carácter global en la que se pudiera enmarcar un proyecto socialista.

En mi opinión ambas posibilidades traicionarían drásticamente las propias ambiciones de Marx, que nunca fue amigo de las gentes de iglesia, por un lado, y que por otro se esforzó, acertadamente o no, en trazar un panorama del futuro en el que el socialismo fuera visible como el hilo conductor que daría racionalidad a la (pre)historia humana. Se puede romper con Marx (en estos días, en Europa, resulta muy fácil), pero si se acepta su herencia como un patrimonio parece necesario intentar ponerse a la altura de su propio desafío. Volveré sobre estas cuestiones en el tercer apartado.

El socialismo real

A la hora de decidir sobre la viabilidad del socialismo como proyecto científico nada más urgente que analizar la naturaleza del *socialismo real*, como se ha dado en llamar a las sociedades posrevolucionarias o a las edificadas a imagen de aquéllas en el este de

Europa tras la segunda guerra mundial. La razón es doble. En primer lugar, la deseabilidad del *socialismo* como proyecto moralmente superior al capitalismo ha sufrido los ataques más duros precisamente en este punto: la deseabilidad del *socialismo real* como alternativa al capitalismo.

Pero es que, en segundo lugar, a lo largo de la polémica sobre las superioridades y desventajas frente al capitalismo del socialismo real han surgido polémicas de envergadura sobre la mayor o menor adecuación del socialismo real al propio proyecto de socialismo científico. Dicho de otra forma: lo que comenzó como una discusión sobre las razones de que el socialismo real no mostrara una superioridad deslumbrante a los ojos de los trabajadores se convirtió en los años 70 en una discusión sobre la misma naturaleza del socialismo real.

Las posiciones tradicionales al respecto son fácilmente resumibles. Siendo la revolución de Octubre una revolución socialista, la sociedad nacida de ella debe ser evidentemente una sociedad socialista. Si en esta sociedad no resplandecen las virtudes atribuidas *a priori* al socialismo, deberemos indagar en las razones *accidentales* que obstaculizan el despliegue de su indudable *esencia* socialista.

A partir de aquí es fácil perfilar tres posiciones dentro del espectro tradicional. La primera posición minusvalora las críticas que se suelen formular contra el socialismo real, sosteniendo, por ejemplo, que la ausencia de libertades políticas en el Este es de importancia secundaria a los ojos de los trabajadores frente al problema del paro en el Oeste. El socialismo real sería imperfecto, de acuerdo, pero no más que cualquier realidad histórica, y sería en todo caso superior al capitalismo *desde ahora*. Sólo los engaños ideológicos y el fetichismo de la mercancía impedirían a los trabajadores occidentales el descubrimiento de esta verdad elemental. (Se pueden buscar igualmente factores *ad hoc* que expliquen la manifiesta oposición al régimen de los trabajadores polacos —la influencia oscurantista de la Iglesia— o la disposición a emigrar a sociedades capitalistas de los trabajadores de otras sociedades: la publicidad del Oeste, el espejismo del desarrollo de los años 60.)

Una segunda posición entiende que hay graves imperfecciones en el socialismo real, pero que son fruto de que las sociedades revolucionarias fueran *eslabones débiles* del sistema capitalista y no sus países más desarrollados, como había esperado Marx. El propio Lenin, teorizador del eslabón más débil, subrayó que el Estado posrevolucionario, en Rusia, no había resultado ser un Estado obrero, sino un Estado obrero y *campesino* con deformaciones burocráticas. El retraso propio de un país con una fuerte componente agraria en su economía, y por tanto con una fuerte componente campesina en su estructura de clase, debe forzosamente deformar superficialmente la esencia socialista del nuevo Estado.

Una tercera posición va más allá y hace hincapié en la *deformación burocrática* de la que hablara Lenin. La burocracia se interpone entre los trabajadores y el poder de Estado, y, si bien no llega a constituir una nueva clase, indudablemente actúa como una *casta* política. La economía del socialismo real sería esencialmente socialista, pero los trabajadores habrían perdido a manos de la burocracia el poder político, haciéndose necesaria por tanto una revolución *política* (no social) para que el socialismo pueda manifestarse plenamente. Esta es —muy apresuradamente resumida— la posición trotsquista, que se plasma en la fórmula de Ernest Mandel según la cual las sociedades del Este, del socialismo real, son sociedades en transición hacia el socialismo ⁵.

Estas tres posiciones que he calificado de tradicionales han sido las claramente predominantes dentro de la izquierda hasta los años 70, y aún lo siguen siendo en buena medi-

da en la izquierda latinoamericana tras el reflujo del maoísmo que pretendió caracterizar a la Unión Soviética como un capitalismo de Estado. Puede ser conveniente resumir esta última caracterización, ya que su influencia llegó a ser muy fuerte en algunos medios izquierdistas.

La teoría del capitalismo de Estado, aun contando con notables precedentes que incluyen a los consejistas de los años 30, al Tony Cliff de los International Socialists y al grupo *Socialismo o Barbarie*, sólo alcanzó popularidad en el Oeste bajo el impacto de la revolución cultural china, y de manos de autores tan influyentes en los años 70 como Paul Sweezy o Charles Bettelheim. Sus argumentos fundamentales son los siguientes: 1) en estos países la propiedad de los medios de producción corresponde al Estado, o, mejor dicho, la *posesión* efectiva de dichos medios está en manos del Estado; 2) los trabajadores no controlan el uso de los medios de producción en la *fábrica*, por la falta de democracia obrera, ni las grandes decisiones globales de inversión, por la falta de democracia política que impide la intervención popular en la toma de las decisiones de *planificación*; 3) los trabajadores mantienen con el Estado una relación *salarial*. Consiguientemente el Estado actúa como un capitalista *colectivo* frente a los trabajadores: debemos hablar de *capitalismo de Estado*.

El punto débil del razonamiento, como se ha señalado en numerosas ocasiones, es que de los argumentos 1 y 2 se deduce que en el *socialismo real* no cabe hablar de socialismo, pero que del punto 3 no se deduce necesariamente que esas relaciones de producción, no socialistas, deban ser capitalistas. Por el contrario, la ley del valor —las leyes de movimiento del capital— no actúan en las sociedades de tipo soviético: la existencia de relación salarial no puede ser considerada determinante si advertimos que no existe mercado de trabajo ni mercado de bienes de producción. La Unión Soviética, y los países del socialismo real en general, están insertos en un sistema capitalista mundial en el que domina la ley del valor; internamente mantienen relaciones salariales y no cabe hablar en ellos de relaciones de producción socialistas por no existir democracia obrera en las fábricas ni democracia política en el plano del Estado. Pero de eso no se deduce que la esencia del socialismo real sea el capitalismo de Estado.

En 1981 Adolfo Sánchez Vázquez escribió un artículo sobre la contraposición entre la visión ideal del socialismo y la naturaleza del socialismo real ⁶. En este artículo se rechazaba tanto la fácil tentación de descartar las realidades cotidianas en función de ideales intangibles como la no menos fácil de aceptar como socialismo lo que se autopresenta como tal. Siguiendo un razonamiento inapelable sobre las insuficiencias de los planteamientos tanto tradicionales como propios del modelo de capitalismo de Estado, Sánchez Vázquez concluía:

«(...) El *socialismo real* no es realmente socialista; tampoco puede considerarse como una sociedad capitalista peculiar. Se trata de una formación social específica surgida en las condiciones históricas concretas en que se ha desarrollado el proceso de transición —no al comunismo, como había previsto Marx, sino al socialismo— (...). En el *socialismo real* Estado y Partido se funden y, con ello, se funden los intereses particulares de la burocracia estatal y la burocracia del Partido. Al poder político de ambas burocracias, que tienen respectivamente en propiedad real al Estado y al Partido, corresponde su poder económico en cuanto que poseen efectivamente los medios de producción aunque no detentan —ni individual ni colectivamente— la propiedad jurídica sobre esos medios. Por el lugar que ocupa la burocracia en las relaciones reales de producción constituye no sólo una élite política dominante, sino una nueva clase» ⁷.

Personalmente entiendo que esta posición es perfectamente correcta, y querría subrayar dos aspectos en que a mi juicio es particularmente acertada. El primero es muy obvio: el reconocimiento de la élite política, lo que ahora a menudo se llama la *nomenkla-*

tura, como una verdadera clase, no como una casta o un estrato. Esto supone tomarse en serio lo anteriormente reconocido: que en el *socialismo real* existen relaciones de producción específicas, lo que implica *clases específicas*. Al buen y viejo campesinado le reconocemos fácilmente; incluso en ausencia de mercado libre de trabajo nos sentimos inclinados a reconocer en los asalariados no ejecutivos a un proletariado más o menos específico. Pero, ¿quiénes son los burócratas, esos señores que se comportan como ejecutivos occidentales en los privilegios y la capacidad efectiva de decisión? La única respuesta posible es que funcionen como una *nueva clase*, una clase históricamente sin precedentes. ¿Deberíamos negarlo por temor a que nos identifiquen con Rizzi, con Burnham o con Djilas?

El segundo aspecto es más sutil: Sánchez Vázquez habla de *formación social específica* y no de un nuevo modo de producción. Puede ser bastante casual, por descontado, pero si es deliberado podría ser un gran acierto. En efecto, si pensamos —como lo hace Sánchez Vázquez— que las sociedades del Este son sociedades de transición al socialismo debemos definir las por su transitoriedad (en otro caso también podríamos hablar de las sociedades capitalistas como sociedades de transición al socialismo, lo que parece exagerado desde el uso común de la terminología marxista). Pues bien, en el caso de sociedades transitorias no parece que se deba hablar de *modo de producción*, sino de simples relaciones de producción.

Para un no marxista la discusión puede parecer sólo terminológica, y por descontado lo es en un cierto sentido. Pero en otros tiene repercusiones teóricas significativas: si hablamos del socialismo real, de las sociedades del Este, como *formaciones sociales* transitorias caracterizadas por *relaciones de producción* específicas, estamos diciendo que no creemos que esas relaciones de producción puedan ser las que definan nuestro futuro. Estamos diciendo que no creemos que el futuro de la humanidad vaya a ser ningún *Mil novecientos ochenta y cuatro*, lo que a estas alturas, en 1985, debería ser relativamente obvio; pero la consecuencia combinada de la agresiva denuncia por la nueva derecha del ideal socialista y del conservadurismo de los defensores del *socialismo real* ha resultado ser un oscurecimiento del socialismo como proyecto posible y deseable para el futuro.

Pero estamos diciendo algo más: que el socialismo real no posee las condiciones de estabilidad necesarias para reproducirse duraderamente como un *modo de producción* capaz de caracterizar una época histórica. Estamos diciendo que, si bien no es una mera sobreestructuración, sino que posee unas relaciones de producción específicas de las que se desprende la existencia de una clase dominante específica —la *nomenklatura*—, el socialismo real no constituye ni una posible apuesta de futuro ni una posible amenaza para la realización del socialismo.

Estamos optando en suma por la apuesta más optimista. En primer lugar, el socialismo real no define el futuro del capitalismo: es tan sólo una de las posibles vías de salida de él, y una vía que de hecho sólo está siendo transitada en aquellos países en los que el desarrollo de la sociedad civil —incluyendo el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción— ha entrado en contradicción con la evolución del Estado y sus aparatos. Algo que, según la profecía de Lenin, sólo ha tenido lugar —y muy bien puede seguir teniendo lugar, *pace* Reagan— en los eslabones más débiles del sistema.

Y, en segundo lugar, la aparición del socialismo real no tiene por qué ser un obstáculo duradero para el advenimiento del verdadero socialismo: sólo es una vía atípica —no capitalista— de llegar a él. No hay razones por tanto para prefigurar el futuro socialista según las experiencias de los países del Este ni para temer que éstas cierren indefinidamente el acceso a aquél. Nuestro único problema es repensar cuál es el socialismo *factible*.

El socialismo factible

¿Qué razones hay para hablar del socialismo real en términos de relaciones de producción y no de modo de producción? Dicho de otra forma: ¿qué razones hay para pensar que las relaciones sociales de producción propias del socialismo real no son capaces de caracterizar un período histórico prolongado?

Hay dos razones fundamentales. La primera se relaciona con la vieja idea de Marx de que el socialismo debería ser un producto del más avanzado desarrollo de las fuerzas productivas: el socialismo real, nacido de las contradicciones de los eslabones intermedios de la cadena imperialista, ha logrado en su primer siglo de existencia implantar un modelo de industrialización a marchas forzadas que puede resultar envidiable desde la perspectiva de los países de la periferia del sistema mundial; pero desde los años 60 ha llegado a ser evidente que los países del Este estaban condenados, por su modelo industrial de administración burocrática centralizada, a perder la carrera de la innovación tecnológica frente a los países capitalistas avanzados⁸.

En otras palabras: los países del Este poseen unas relaciones de producción que hacen posible un desarrollo industrial acelerado *a corto plazo*, pero que a medio plazo no permiten la competición con las sociedades capitalistas en el desarrollo de las fuerzas productivas. Según la profecía marxiana, esto los descalifica como adalides del socialismo, pero sin necesidad de acudir a la doctrina heredada es fácil ver que en un sistema mundial unificado la inferioridad en la capacidad de desarrollar las fuerzas productivas es un serio problema. Si prescindimos de la posibilidad de victoria militar del Este sobre el Oeste —posibilidad que sería mejor descartar por sus riesgos para la humanidad— cabe pensar que la superioridad tecnológica del Oeste se traduzca en una creciente subordinación del socialismo real respecto al centro capitalista⁹. La consecuencia sería una lenta penetración de las relaciones de producción capitalistas en el Este, bajo la etiqueta de *reforma económica*, penetración ya evidente en China o Hungría y que, a medio plazo, dejaría abiertas las puertas a un verdadero capitalismo de Estado: empresas estatales autónomas, mercado de trabajo y de bienes de producción, dictadura de partido único. Mi propia hipótesis, que sería excesivo desarrollar aquí, es que tampoco el capitalismo de Estado sería un modo de producción estable: conduciría, por el contrario, al capitalismo corporativo o al socialismo.

La segunda razón para dudar de la estabilidad de las relaciones de producción del socialismo real no se refiere a su competitividad exterior sino a su capacidad para crear estabilidad interna. (En este sentido, incidentalmente, esta segunda razón remite al problema, antes apuntado, de la inestabilidad de un hipotético capitalismo de Estado, cuyo principal problema serían las dinámicas contradictorias *internas* que provocaría la existencia de mercado libre en un régimen de administración burocrática centralizada con dictadura de un partido único.)

En efecto, las relaciones de producción del socialismo real tienen el problema de que politizan, automáticamente, cualquier conflicto relativo a administración de recursos o fuerza de trabajo. Ciertamente, ésta es también la tendencia creciente en el capitalismo avanzado, pero éste cuenta con unos mecanismos de creación de legitimidad y absorción de demandas de los que carece el socialismo real. La combinación de una administración burocrática centralizada de los recursos y de una supraestructura no democrática resulta particularmente inestable frente a los conflictos de clase internos.

Si aceptamos entonces que el socialismo real no marca previsiblemente el futuro de las actuales sociedades capitalistas avanzadas, y tampoco el del sistema mundial, nos

queda preguntarnos cuál es el modelo creíble que podemos ofrecer de un futuro socialista para la humanidad, un modelo que pueda, a la vez, afirmar su superioridad moral sobre el capitalismo y pretender su probabilidad sobre la base de las tendencias objetivas de la historia más reciente.

Esta es la cuestión que quedó pendiente del primer apartado: ¿es posible esbozar un guión para el futuro de la humanidad, que tenga la fuerza de la filosofía de la historia de Hegel o de Marx, y que tenga un cierto respaldo empírico en la sociología y en la historia contemporáneas? El punto de partida debe ser admitir que la seguridad metafísica que Marx desarrolló sobre el futuro de la humanidad, a partir de una supuesta esencia del proletariado conjeturada en los años 40 del pasado siglo, no es compatible con ninguna metodología científica. Se trata, a fin de cuentas, de una manifestación de esencialismo hegeliano que, presuponiendo una realidad preconstituida fuera de la historia empírica —el proletariado—, espera ver su realización histórica en una revolución que abrirá las puertas del socialismo.

Cuando no partimos *a priori* de una concepción filosófica esencialista debemos enfrentarnos a la historia real y tratar de discernir en ella tendencias y procesos. En este sentido, he intentado mostrar en otro lugar que la filosofía de la historia de Marx no sólo se basa en una seguridad metafísica ilegítima, sino que encaja mal con la historia de las luchas sociales en los dos últimos siglos. En primer lugar Marx atribuye al proletariado industrial en formación tendencias revolucionarias que, en rigor, sólo pueden asociarse al artesanado en trance de expropiación o a la transitoria clase obrera de la revolución industrial¹⁰. En segundo lugar, el paralelismo establecido por Marx entre la revolución burguesa y la revolución proletaria se basa en un concepto historiográficamente insostenible —el de revolución *burguesa*— y en una interpretación de la revolución francesa progresivamente desacreditada en la historiografía contemporánea¹¹.

Supongamos entonces que reechemos a Marx bajo este doble prisma. Por un lado, admitimos que no podemos *predecir* la historia futura, sino sólo hacer previsiones probabilísticas a partir de tendencias perceptibles en el presente y en la historia inmediata. Por otro lado, prescindimos de la *hipótesis revolucionaria*, tan querida a Marx, según la cual para el asentamiento del modo de producción capitalista era necesaria una revolución burguesa, y para la llegada del socialismo el advenimiento de una revolución proletaria.

Semejante relectura, desde luego dolorosa para cualquier marxista, permite reafirmar la viabilidad del socialismo como proyecto científico, aunque quizá ya sin el ingenuo optimismo sobre los rasgos del conocimiento científico que caracterizaron a la Ilustración y al siglo pasado. Y permite hablar de un socialismo factible, de un socialismo que, de hecho, ya se está formando ante nuestros propios ojos sin que seamos capaces de reconocerlo.

En efecto, una de las razones de que la crisis del marxismo revolucionario haya conducido a una crisis de la idea de socialismo es, paradójicamente, el propio éxito que el marxismo revolucionario ha logrado a lo largo de este siglo en desacreditar la vía reformista como vía al socialismo. La argumentación que ha servido de base para el ataque de los revolucionarios contra los reformistas, sin embargo, no resulta ya demasiado sólida a la luz de la experiencia histórica.

La crítica del reformismo debe partir de la afirmación de que el atajo revolucionario funciona mejor que el largo y tortuoso camino reformista, siendo incluso «menos utópico que las cansinas reformas graduales»¹². Ahora bien, una vez que se reconoce que la revolución todo lo más conduce a un nuevo rellano en el ascenso hacia el socialismo (y a

un rellano bastante incómodo, por cierto), ¿qué razones quedan para descalificar «las cansinas reformas graduales»?

El principal argumento tradicional contra el reformismo ha sido que, mientras la revolución conducía *directamente* al socialismo, las reformas no habían conducido en parte alguna a una modificación sustancial de las relaciones de producción. Ahora bien, si admitimos que las relaciones de producción en el socialismo real *no son socialistas* debemos replantearnos muy seriamente la validez de esta crítica. Ciertamente los medios de producción en el socialismo real han sido estatizados y sometidos a una administración burocrática centralizada. Pero no es evidente que ésa sea una mejor base de partida para la edificación del socialismo que el mantenimiento de la propiedad privada en condiciones de superior *poder obrero*.

En el Oeste, el movimiento obrero ha conquistado desde la segunda guerra mundial posiciones sustanciales que le permiten *vetar* determinadas políticas de la derecha. Por ejemplo, ni el gobierno de Reagan ni el gobierno de Thatcher han desmantelado el sistema asistencial de sus países: se han limitado a recortes muy marginales, y gozando de unas mayorías que difícilmente volverá a obtener otro gobierno conservador. Más aún: la fuerza de los trabajadores a nivel de planta ha impuesto la misma dinámica de reorganización del proceso de trabajo y de introducción de nuevas tecnologías en los principales países capitalistas avanzados.

Ciertamente, ahora el movimiento obrero está a la defensiva, pero no es evidente que esto deba achacarse a las limitaciones del reformismo. Más sensato sería culpar a la lentitud con que el movimiento obrero se está adaptando a las nuevas condiciones creadas por su creciente hegemonía en la fábrica, o, en otras palabras, más sensato sería lamentar la insuficiencia del movimiento obrero occidental, encerrado en una dinámica defensiva cuando bien podría estar avanzando en una estrategia coherente de reformas frente a la crisis: el problema es el de un insuficiente reformismo del movimiento, paralizado por la llegada a un límite del modelo keynesiano de gestión de la economía y reducido hoy por hoy a tácticas puramente defensivas.

En los países capitalistas desarrollados la historia del movimiento obrero es la historia de la creciente construcción de un poder social, poder que aún hoy, en plena crisis general, no ha sido destruido. Si no nos encerramos en la hipótesis revolucionaria ni aceptamos por más tiempo la naturaleza socialista de los regímenes posrevolucionarios, bien podemos tratar de centrar el proyecto socialista sobre la realidad de una tendencia al creciente poder de los trabajadores en las sociedades avanzadas.

La idea es ésta: en vez de buscar la vía al futuro socialista en las revoluciones y la evolución de los regímenes posrevolucionarios, podemos ver en unas y otros *excepciones* a la marcha general de la tendencia histórica, atajos atípicos que no definen la dinámica global del sistema mundial sino que se subordinan a ella (aun modificándola tan profundamente como lo han hecho a través de la llamada política de bloques). Podemos entonces considerar que la evolución del movimiento obrero occidental, el movimiento obrero de los países capitalistas más desarrollados, es la que puede marcar la tendencia fundamental hacia la posible construcción de una sociedad socialista.

¿Qué solidez tendría esa tendencia? A la vista de la historia del último siglo, en el que pese a retrocesos como los impuestos en Europa por el fascismo no ha dejado de crecer la centralidad obrera, política y económicamente, bien puede decirse que la dinámica social hacia una hegemonía de los trabajadores es muy fuerte, y que el mantenimiento de dicha dinámica parece conducir a un creciente control social de la producción, tanto global-

mente, a través de la intervención del Estado y de las negociaciones de sindicatos y representantes empresariales, como a nivel de las empresas, con una creciente participación de los sindicatos en la gestión y una creciente responsabilidad de los administradores ante los trabajadores, las autoridades públicas y los propios sindicatos.

Pero tampoco se pueden ignorar las amenazas desencadenadas por la crisis actual. Las quiebras y la reestructuración de numerosas empresas, públicas y privadas, han puesto a los sindicatos y a los trabajadores a la defensiva: la posibilidad de un aumento del poder obrero a corto plazo son mínimas, y mientras se desarrolla una intensa campaña de la derecha que pretende desacreditar a los sindicatos y a la empresa pública, que se opone a la participación del Estado en la economía y busca una reprivatización de los servicios sociales.

Es fácil sobreestimar las posibles consecuencias de esta ofensiva. Mi propio punto de vista es doble: 1) la fuerza conquistada por los trabajadores en la sociedad capitalista tiene raíces estructurales y no puede ser invertida por una ofensiva política; 2) la amplitud de la ofensiva de la derecha, y su demostrada capacidad para obtener respaldo popular en países como Estados Unidos e Inglaterra, no deben ser menospreciadas, sino que deben llevar al movimiento obrero a replantearse sus estrategias en el plano sindical —adaptándose al desplazamiento relativo de la fuerza de trabajo desde la clase obrera tradicional hacia el sector servicios— y en el plano político —desplazando sus objetivos desde la redistribución y la gestión keynesiana de la demanda hacia la creciente socialización de las decisiones de inversión—. Dicho con otras palabras: no hay razones para pensar que la fuerza estructural de la clase obrera vaya a disminuir, siempre que el movimiento sepa adaptarse a las transformaciones en la composición de la clase obrera que inevitablemente va a provocar la tercera revolución tecnológica —asimilándolas en su estrategia sindical— y siempre que las metas políticas del movimiento se desplacen del asistencialismo keynesiano al socialismo *supply side*.

Desde este punto de vista, el principal peligro para el futuro del socialismo no es la actual ofensiva de la derecha, ni siquiera la profundidad de la crisis económica que hoy vivimos, sino la tentación, tan presente en muchos socialistas y dirigentes sindicales, de aferrarse a modelos de acción y de comprensión del mundo que la propia crisis económica y la crisis del pensamiento marxista nos muestran ya como obsoletos.

¿Por qué una apuesta por el socialismo como ésta reconciliaría la idea de un socialismo científico con la realidad contemporánea? Por una parte porque cualquier historiador del movimiento obrero no cegado por prejuicios partidarios puede dar fe de la tendencia histórica a una creciente fuerza estructural de los trabajadores en la sociedad capitalista. Por otra parte, porque esta tendencia no parece contrarrestada por tendencias opuestas sino a corto plazo. Tendríamos así la base para una apuesta racional (científica, pero no metafísicamente segura) en favor del socialismo como poder de los trabajadores, como democracia política y económica llevada hasta el fin.

En los años de fe optimista en el socialismo de los regímenes posrevolucionarios, cuando la utopía parecía haberse hecho realidad, la izquierda desarrolló una crítica implacable del reformismo, comparando sus *limitados* logros con las ilimitadas promesas de las nuevas sociedades socialistas. Hoy podemos replantearnos las cosas con más realismo, y pensar el socialismo como un proyecto secular —no milenarista— y desencantado —que apueste por cambiar el mundo real según cálculos racionales y renuncie a la magia—. Para ello debemos renunciar a la fácil tentación de buscar nuevas utopías, como la dogmática utopía negativa contenida en un pacifismo que pretende el desarme unilateral. Para ello debemos, sobre todo, ser capaces de replantearnos nuestra propia tra-

yectoria ideológica, si es preciso, para dar prioridad a los intereses del movimiento socialista.

Un último argumento: Sánchez Vázquez hace hincapié, como ya se mencionaba al principio, en que el proyecto socialista debe derivar su inevitabilidad de ser reconocido por la mayoría como moralmente superior a las posibles alternativas. El proyecto reformista, socialista democrático, ha contado y cuenta con amplias mayorías que le respaldan en varios de los principales países capitalistas avanzados. Podría haber llegado la hora de reconocer que este apoyo mayoritario no es fruto de ningún equívoco ni de ninguna manipulación, sino puro reconocimiento de la superioridad moral del socialismo democrático.

¹ Adolfo Sánchez Vázquez: *Del socialismo científico al socialismo utópico*, México, Era, 1975. páginas 30-37.

² *Ibidem*, págs. 34-35.

³ Kar R. Popper: *Miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1973, pág. 9.

⁴ *Ibidem*, pág. 12.

⁵ Véase Ernest Mandel: «Diez tesis acerca de las leyes socio-económicas que rigen las sociedades de transición», *Zona Abierta*, 6, 1976, págs. 79-93.

⁶ Adolfo Sánchez Vázquez: «Ideal socialista y socialismo real», *Nexos*, 44, agosto de 1981, págs. 3-12. (También en *En Teoría*, 7, julio-septiembre de 1981, págs. 59-77.)

⁷ *Ibidem*, pág. 10 (pág. 73).

⁸ De lo que fueron muy conscientes en su momento los teóricos de lo que llegaría a ser la *primavera de Praga*, como demostró en su variante más divulgativa el libro dirigido por Radovan Richta: *La civilización en la encrucijada*, Madrid, Artich, 1972, que tanta popularidad llegó a alcanzar entre los sectores reformistas de los partidos comunistas occidentales.

⁹ Sobre las tendencias ya evidentes en este sentido en la pasada década, véase André Gunder Frank: «¡Viva la empresa transideológica! Las economías socialistas en la división capitalista internacional del trabajo», *Zona Abierta*, 16, 1978, págs. 144-177, y 17, 1978, págs. 90-122.

¹⁰ Ludolfo Paramio: «Todo el poder al reformismo», *Nexos*, 43, julio de 1981, y 44, agosto de 1981. (También, con el título sin duda más insípido de «Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo», en *En Teoría*, 8-9, octubre de 1981, marzo de 1982, págs. 137-183). Véase también Santos Juliá: «Marx y la clase obrera de la revolución industrial», *En Teoría*, 8-9, octubre de 1981-marzo de 1982, págs. 99-135.

¹¹ Véase por ejemplo Jack A. Goldstone: «Reinterpreting the French Revolution», *Theory and Society*, XIII, 5, septiembre de 1984, págs. 697-713.

¹² Adolfo Sánchez Vázquez: *Del socialismo científico al socialismo utópico*, cit., pág. 15.